

11. La esperanza es relación y vocación

En el Salmo 21, el salmista dice en un momento dado: “No te quedes lejos, que el peligro está cerca y nadie me socorre” (Sal 21,12). El abandono es el alejamiento de una presencia en la que confiamos, en la que esperamos. El abandono es una ausencia que permite que la angustia en el peligro llene nuestro corazón. Es una experiencia que todo niño tiene desde que nace y, por tanto, una experiencia que nos es constitutiva, existencial y psicológicamente: hay una presencia que, cuando se va, no es sustituida por otra presencia, sino por la angustia, por un sentimiento misterioso que hunde el corazón en el espacio de la desesperación, en el espacio de no poder confiar en nadie, de no poder esperar en nadie: “el peligro está cerca y nadie me socorre”.

Se podría documentar esta experiencia en mil pasajes de la Escritura, en los salmos, en los patriarcas y profetas, en Job, y luego también en el Nuevo Testamento, en la experiencia de san Pablo, de los demás apóstoles. También en la vida de todos los santos. Pero todo se resume y concentra en la angustia del Hijo de Dios que se siente abandonado por el Padre.

Incluso cuando Jesús gritó: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23,46), no podemos dejar de pensar que incluso este grito, aparentemente lleno de paz, fue expresado por Jesús para poner su espíritu, lleno de la desesperación humana, en manos del Padre. ¿Qué espíritu, qué alma, qué corazón podría poner a Jesús crucificado en manos del Padre, sólo unos instantes antes de la muerte, si no estuviera lleno de un sentimiento de abandono?

Pero es precisamente esto lo que expresa la esperanza perfecta de Cristo crucificado, la esperanza que se convierte para nosotros en redención de todas nuestras angustias y temores, de todas nuestras desesperaciones, como las descritas en el Salmo 68: “Dios mío, sálvame, que me llega el agua al cuello: me estoy hundiendo en un cieno profundo y no puedo hacer pie; he entrado en la hondura del agua, me arrastra la corriente. Estoy agotado de gritar, tengo ronca la garganta; se me nublan los ojos de tanto aguardar a mi Dios”. (Sal 68,2-4)

El Salmo 68 es sólo un ejemplo de esta esperanza que desde las profundidades de la angustia mortal se eleva como un grito a Dios, a un Dios que es “mi Dios”, es decir, un Dios en relación personal con nosotros. La esperanza es un grito que sólo tiene a Dios como salvación.

Esto significa que la esperanza no es un ente abstracto, una virtud que se ejerce solitariamente. *La esperanza es una relación*, es un estar tendido hacia un abrazo, y por eso la esperanza para nosotros es un camino.

Os decía que, para mí, una de las mejores ilustraciones artísticas de la esperanza es el cuadro “Los primeros pasos” de Van Gogh, en el que vemos a un niño sostenido por su madre que, lleno de alegría, tiende los brazos hacia su padre, que le espera a unos metros con los brazos extendidos. Esta tensión entre el niño y el padre es precisamente la tensión con la que la esperanza debe llenar nuestra vida personal y comunitaria. No se nos pide que sepamos ya caminar, sino que tendamos los

brazos hacia quien nos espera con amor, aunque nos caigamos, aunque atravesemos un valle oscuro o un mar tempestuoso.

Es como cuando Jesús dice a Pedro: “¡Ven!” para incitarle a dar sus “primeros pasos” caminando sobre el mar, pasos sobre el agua que son símbolo del camino de la “esperanza contra la esperanza”, de la esperanza imposible a la que Jesucristo llama una y otra vez a los apóstoles y a toda la Iglesia (cf. Mt 14, 29).

La esperanza parece imperceptible, parece que no desempeña un gran papel en la vida. A menudo la concebimos como un anhelo del más allá que pasa por alto la vida que vivimos, las circunstancias que atravesamos. En cambio, es precisamente atravesando la realidad cotidiana como una corriente eléctrica como la esperanza ilumina nuestro camino y nos ayuda a caminar hacia el Destino último y pleno de nuestra vida y del mundo.

Esta esperanza para nosotros, para todo bautizado, pero especialmente para los consagrados, no es sólo necesaria para nuestra vocación, no es sólo necesaria para vivir nuestra vocación: *la esperanza es nuestra vocación*. Como escribe San Pablo a los Efesios: “Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados.” (Ef 4,4)

Es como si estuviéramos doblemente llamados a la esperanza: estamos llamados a la esperanza de nuestra vocación, llamados a la esperanza de nuestra llamada. ¿Qué significa esto sino que para nosotros la esperanza es precisamente esa tensión invisible pero poderosa entre Dios que nos llama y nosotros que respondemos, como en el cuadro de Van Gogh? Respondemos a la llamada a la esperanza si en nuestras vidas y en las de nuestras comunidades esta tensión entre Dios que nos llama y nosotros que respondemos se hace cada vez más dominante.

En el cuadro de van Gogh, es como si entre el padre que extiende sus brazos y el niño que anhela alcanzarle no hubiera más que esta tensión entre ambos, llena de confianza, de amor, de deseo, de alegría. El niño no desea caminar, aún no sabe lo que significa caminar: desea el abrazo de su padre, y esto le lleva a caminar. Pero precisamente por esta tensión hacia el otro que domina sus corazones, también toda la realidad que les rodea, la tierra, las plantas exuberantes, la casa, las sábanas extendidas en la valla, la carretilla y la azada que el padre ha abandonado para concentrarse en su hijo, el cielo, y evidentemente la madre que aún sostiene al niño, pero también le deja ir... todo tiene sentido, todo es belleza, todo está lleno de sentido, porque toda la realidad existe para nuestra relación con Dios, toda la realidad existe para que vivamos nuestra tensión a abrazar al Padre, para que seamos hechos para Dios, para ir hacia Él.